

de cinco cuerpos, casi iguales en la altura, pero desiguales en longitud y latitud, pues los más altos eran menores que los inferiores. El primero ó base del edificio, tenía de Levante á Poniente más de cincuenta toesas, y cerca de cuarenta y tres de Norte á Mediodía. El segundo era de una toesa menos largo que el inferior, y de otra menos de ancho: los otros iban disminuyendo en las mismas proporciones: de modo que sobre cada cuerpo había un espacio ó corredor abierto, por el cual podían andar tres y aun cuatro hombres de frente, girando en torno del cuerpo superior.

Las escaleras, que estaban hacia Mediodía, eran de piedras grandes y bien trabajadas, y constaban de ciento catorce escalones, cada uno del alto de un pie. No era una sola escalera continuada, como la representan los autores de la HISTORIA GENERAL DE LOS VIAJES, y los editores mexicanos de las CARTAS DE CORTÉS; sino que había tantas escaleras, cuantos eran los cuerpos del edificio: así que, subida la primera escalera, no se podía subir á la segunda, sin dar una vuelta, por el primer corredor, en torno del segundo cuerpo: ni subida la segunda, se podía llegar á la tercera, sin dar la vuelta por el segundo corredor, en derredor del tercer cuerpo, y así de los demás.

Sobre el quinto y último cuerpo, había una plataforma, mejor llamada atrio superior, de cuarenta toesas de largo y treinta y cuatro de ancho, y estaba tan bien empedrada como el patio, ó atrio inferior. En la extremidad oriental de aquel espacio, se alzaban dos torres, á la altura de cincuenta y seis pies, ó poco más de nueve toesas. Cada una estaba dividida en tres cuerpos; el inferior de piedra y cal, y los otros dos de madera, bien trabajada y pintada. El cuerpo inferior ó base, era propiamente el santuario, donde, sobre un altar de piedra de cinco pies de alto, estaban colocados los ídolos tutelares. Uno de estos santuarios estaba consagrado á Huitzilopochtli, y á los otros dioses de la guerra, y el otro á Tezcatlipoca. Los otros cuerpos servían para guardar los utensilios necesarios al culto de los ídolos, y las cenizas de algunos reyes y señores, que por devoción particular lo habían dejado dispuesto así. Los dos santuarios tenían la puerta al Poniente, y las dos torres terminaban en hermosas cúpulas de madera; pero ningún autor habla del adorno y disposición interior de los santuarios, como tampoco del grueso de las torres. Lo que puedo asegurar sin temor de errar, es que la altura del edificio, no era menos de diez y nueve toesas, y con la de las torres pasaba de veintiocho. Desde aquella elevación se alcanzaba á ver el lago, las ciudades que lo rodeaban, y una gran parte del valle, lo que formaba, según los testigos oculares, un golpe de vista de incomparable hermosura.

En el atrio superior estaba el altar de los sacrificios ordinarios y en el inferior el de los sacrificios gladiatorios. Delante de los dos santuarios había dos hogares de piedra, de la altura de un hombre, y de la figura de las piscinas de nuestras iglesias, en los cuales de día y de noche

se mantenía fuego perpetuo, que atizaban, y conservaban con la mayor vigilancia, porque creían que si llegaba á extinguirse, sobrevendrían grandes castigos del cielo. En los otros templos y edificios religiosos, comprendidos en el recinto del muro exterior, había hasta seiscientos hogares del mismo tamaño y forma, y en las noches en que todos se encendían, formaban un vistoso espectáculo.

EDIFICIOS ANEXOS AL TEMPLO MAYOR.

En el espacio que mediaba entre el muro exterior y el templo, además de una plaza para los bailes religiosos, había más de cuarenta templos menores, consagrados á los otros dioses, algunos colegios de sacerdotes, seminarios de jóvenes de ambos sexos, y otros varios edificios, de los que, por su singularidad, daré aquí alguna noticia.

Entre los templos, los más considerables eran los tres de Tezcatlipoca, Tlaloc, y Quetzalcoatl. Todos, aunque diferentes en el tamaño, eran semejantes en la forma, y tenían la fachada vuelta hacia el templo mayor, siendo así que en los demás templos, construídos fuera de aquel circuito, la fachada daba siempre al Poniente. Solo el templo de Quetzalcoatl se diferencia en la forma de los otros, porque estos eran cuadrilongos y aquel era circular. La puerta de este santuario era la boca de una enorme serpiente de piedra, con sus dientes. Muchos españoles que por curiosidad entraron en aquel diabólico edificio, confesaron que se habían llenado de horror. Entre los otros templos había uno llamado ILHUICATITLAN, dedicado al planeta Venus, y dentro una gran columna en que estaba pintada ó esculpida la imagen de aquel astro. Cerca de la columna se sacrificaban prisioneros al planeta en aquel tiempo de su aparición.

Había varios colegios de sacerdotes y seminarios contenidos en el recinto de dicho templo: en particular sabemos de cinco colegios ó monasterios de sacerdotes, y de tres seminarios de jóvenes; mas estos, sin duda, no eran todos, pues era excesivo el número de personas que allí vivían, todas consagradas al servicio de los dioses.

Entre los edificios notables comprendidos en aquel circuito, además de las cuatro armerías colocadas sobre las puertas, había otra cerca del templo TEZCACALLI, ó casa de espejos, llamada así, porque la parte interior de sus muros estaba revestida de espejos. Había otro pequeño templo llamado Teccizcalli, todo cubierto de conchas, con una casa inmediata, á la que se retiraba el rey de México para hacer sus oraciones y ayunos. Otra casa de retiro había para el gran sacerdote, llamada POYAHTLAN, y otras para los particulares; un buen hospicio para alojar á los forasteros de distinción, que iban por devoción á visitar el templo, ó por curiosidad á ver las grandezas de la corte; estanques para el baño de los sacerdotes, y fuentes para suministrarles el agua de su uso. En el estanque llamado TEZCAPAN, se bañaban muchos por voto particular que hacían á los dioses. Entre las fuentes había una llamada

TOXPALATI, cuya agua creían que eran santa: bebíanla tan solo en las fiestas solemnes, y fuera de ellas á nadie era lícito tomarla. Había sitio para la cría de los pájaros que sacrificaban, y jardines en que se cultivaban flores y plantas olorosas para el ornato de los altares; por último tenían también entre los muros un bosquecillo, con representaciones artificiales de montes, lagos y peñas, y allí se hacía la caza general.

En el templo había piezas destinadas á guardar los ídolos, los ornamentos, y todo lo perteneciente al culto de los dioses, y entre ellas dos salas tan grandes, que los españoles quedaron maravillados al verlas. Pero los edificios más notables por su singularidad, eran una gran cárcel, á manera de jaula, en que encerraban á los ídolos de las naciones vencidas, y otros en que se conservaban las calaveras de las víctimas. Estas últimas construcciones eran de dos especies: las unas no eran más que montones de huesos; en las otras, las calaveras estaban curiosamente embutidas en el muro ó enfiladas en palos, formando dibujos simétricos, no tan curiosos cuanto horribles. El mayor de estos espantosos monumentos, aunque no estaba comprendido en el recinto de los muros, distaba poco de su puerta principal. Era un vasto terraplen cuadrilongo y medio piramidal. En la parte más baja tenía ciento cincuenta y cuatro pies de largo. Subíase á la parte superior por una escalera de treinta escalones, y encima estaban erigidas más de sesenta vigas altísimas, con muchos agujeros practicados en toda su longitud, y colocadas á cuatro pies de distancia una de otra. De los agujeros de una viga á los de otra había bastones atravesados, y en cada uno de ellos cierto número de cráneos enfilados por las sienas. En los escalones había también un cráneo entre piedra y piedra. Además se alzaban en dos estremidades de aquel edificio dos torres, construídas tan solo, según dicen, de cráneos y cal. Cuando aquel cráneo se deterioraba, los sacerdotes lo reemplazaban con otro nuevo, para que no faltase el número ni la simetría. Los cráneos de las víctimas comunes se conservaban despojados de tegumentos; pero si el sacrificado era persona de distinción, se procuraba guardar la cabeza entera, lo que hacía más horrorosos esos trofeos de su bárbara superstición. Eran tantos los cráneos conservados en aquellos edificios, que algunos de los conquistadores españoles, que se tomaron el trabajo de contar sólo los que había en los escalones y entre las vigas, hallaron ciento treinta y seis mil. Si el lector desea tener más pormenores acerca de todo lo que contenían los muros del templo, lea la relación de Sahagún en la obra de Torquemada, y la descripción que hizo el Dr. Hernández de sus setenta y ocho edificios, que se halla en la Historia Natural de Nieremberg.

TEMPLOS DE LOS MEXICANOS.

Además de los Templos de que acabamos de hablar, había otros esparcidos en diversos puntos de la ciudad. Según algunos autores el número de los de la capital, com-

prendidos sin duda los más pequeños, no bajaba de dos mil, y las torres eran trescientas sesenta; más no consta que alguno los haya contado por sí mismo. No se puede dudar sin embargo que eran muchos, entre los cuales siete ú ocho eran los mayores, pero sobre todos se alzaba el de Tlalteloleco, consagrado también al dios Huitzilopochtli.

Fuera de México los templos más célebres eran los de Tezcuco, Cholula y Teotihuacán. Bernal Díaz, que tuvo la curiosidad de contar sus escalones, dice que el de Tezcuco tenía ciento diez y siete, y el de Cholula ciento veinte. No sabemos si aquel famoso templo de Tezcuco era el mismo de Tezcuitzanco, tan celebrado por Valadés en su RETÓRICA CRISTIANA, ó el de aquella célebre torre de nueve cuerpos, consagrada por Nezahualcoyotl al dios creador del cielo. El templo mayor de Cholula, como otros muchos de aquella ciudad, estaba consagrado á su protector Quetzalcoatl. Todos los historiadores antiguos hablan con admiración del número de templos que había en Cholula. Cortés aseguró al emperador Carlos V, que desde lo alto de un templo había contado más de cuatrocientas torres, todas pertenecientes á edificios religiosos. Subsiste allí aún la altísima pirámide construída por los toltecas, donde antes hubo un templo consagrado á aquella falsa divinidad, y hoy existe en el mismo sitio un devoto santuario de la Madre del verdadero Dios; pero por causa de su antigüedad se ha cubierto de tal modo la pirámide de tierra y maleza, que más parece un monte natural que un edificio. Ignoro cuales eran sus dimensiones, pero su circunferencia en su parte inferior no bajaba de media milla. Se sube á la cima por un camino espiral en rededor de la pirámide, por el cual subí yo á caballo en 1744. Este es aquel famoso monte que Boturini creyó construído por los toltecas, para en caso de sobrevenir otro diluvio como el de Noé y sobre el cual se refieren tantas fábulas.

Subsisten todavía los famosos templos de Teotihuacán, á tres millas al Norte de aquel pueblo y á más de veinte de México. Estos vastos edificios, que sirvieron de modelo á los demás templos de aquel país, estaban consagrados uno al sol y otro á la luna, representados en dos ídolos de enorme tamaño, hechos de piedra y cubiertos de oro. El del Sol tenía una gran concavidad en el pecho, y en ella la imagen de aquel planeta, de oro finísimo. Los conquistadores se aprovecharon del metal, y los ídolos fueron hechos pedazos por orden del primer obispo de México; pero los fragmentos se conservaron hasta fines del siglo pasado, y aun quizá hay algunos todavía. La base ó cuerpo inferior del templo del sol, tiene ciento veinte toesas de largo y ochenta y seis de ancho, y la altura de todo el edificio corresponde á su mole. El de la luna tiene en la base ochenta y seis toesas de largo y sesenta y tres de ancho. Cada uno de estos edificios está dividido en cuatro cuerpos, y

1 Eran diferentes; este estaba en un cerro de su nombre y el otro dentro de la ciudad en que se advierte el monículo que formaba la pirámide semejante al de México.

con otras tantas escaleras dispuestas como las del templo mayor de México: mas ahora no se descubren por estar en parte arruinadas y enteramente cubiertas de tierra. En rededor de aquellas construcciones se veían muchos montecillos, que según dicen eran otros tantos templos consagrados á diferentes planetas y estrellas; y por estar todo aquel sitio cubierto de monumentos religiosas, fué llamado por los antiguos Teotihuacán.

El número de templos que había en todo el imperio mexicano, era muy considerable. Torquemada dice que eran más de cuarenta mil; pero creo que pasaban de este número, si se cuenta los pequeños; pues no había lugar habitado sin su templo, ni pueblo de alguna extensión que no tuviese muchos.

La estructura de los templos grandes era por lo común como la del templo mayor de México; pero había otros muchos de diversa arquitectura. Algunos constaban de un solo cuerpo piramidal y de una escalera, otros de un cuerpo y de varias escaleras.

No contenta la superstición de aquellos pueblos con tan gran número de templos construídos en sus ciudades y villas, había muchos altares en las cimas de los montes, en los bosques y en los caminos, para excitar donde quiera la idólatra devoción de los viandantes, y para celebrar sacrificios á los dioses de los montes y á los otros números campestres."

(Apéndice al Diccionario Universal de Historia y de Geografía. Tomo III. páginas 516 á 519. México, 1856.)

Los últimos descubrimientos que se han hecho con motivo de los trabajos de canalización ó Drenaje de la Ciudad, han dado á conocer multitud de curiosos objetos del culto, grandes ídolos, entre los cuales figura la colosal y magnífica estatua de Tezcatlipoca, bajo la forma de Ocelotl, y los vasos decorados con meandros y emblemas mitológicos: de estos objetos el autor se propone hacer una memoria y una detallada descripción de lo más importante encontrado en la Calle de las Escalerillas, á espalda de la Catedral, que concierne al templo mayor de México.

XOCHICALCO.

En Diciembre de 1887 fué á hacer el estudio del magnífico cuanto mutilado templo de Xochicalco, cuya importancia me hizo conocer el Sr. General Carlos Pacheco, Secretario de Fomento, facilitándome todos los medios para practicar una exploración amplísima. Su historia consta en la obra, que por su orden fué á imprimir á Berlin, con el nombre de "Monumentos del Arte mexicano antiguo," en donde se encuentran todos los pormenores de la expedición.

Se había dicho que esta construcción pertenecía á los Mayas de Yucatán: el estudio pormenorizado de sus ruinas demostró en sus relieves los jeroglíficos del calendario

azteca: era por consiguiente un monumento netamente mexicano.

En la lámina 185, que es una reconstrucción en pequeño del soberbio monumento puede verse su aspecto general: los pormenores, para más amplios conocimientos del primer edificio ó templo construído por los tlalhuicas, pueden consultarse en la obra ya citada del autor, de donde se han tomado los siguientes párrafos para su descripción.

Componiéndose el edificio de los cuerpos será preciso ocuparse de ellos sucesivamente. El primero se compone de una gran base decorada mitológicamente, con bajo-relieves que tienen en varios puntos siete, ocho y hasta nueve centímetros de profundidad. En ellos se encuentra como carácter principal, esa gran serpiente, en la cual se ha querido encontrar según los deseos de algunos arqueólogos, el símbolo y hasta la etimología silábica de Quetzalcoatl; es decir, la pluma, la culebra y el signo del agua. Singular, y por demás curiosa parece la interpretación; pero ese gran reptil que caracteriza al Monumento de Xochicalco, no parece tener relación ni con la historia, ni con la figura de la deidad cholulteca; si con algo pudiera tener semejanza sería con el Cipactli, figura fantástica que desempeña un gran papel en la Cosmogonía de las tribus mexicanas, ó con su mismo ciclo, el período de cincuenta y dos años.

En el lado oriental la decoración de la base consiste en dos grandes culebras, llamémosles así para seguir el lenguaje común, con las cabezas respectivamente al Sur y al Norte, viéndose de frente, las colas separadas en el centro por una preciosa pilastra, y entre sus ondulaciones, figuras humanas sentadas, y el signo del fuego sobre el conocido del tlalpilli ó atadura de los años mexicanos. Llama la atención, que tanto la cara del animal fantástico como la del monarca sentado están vueltas hacia el signo del fuego, si bien entre los otros lados de Sur y Norte no se encuentran en la misma posición, pero sí todas viéndose para el Occidente. La figura humana no tiene caracteres de una deidad: la posición sentada, la mano extendida sobre el suelo, el índice en la posición en que se tomaba el polvo de la tierra, indican una actitud reverencial: lleva en la cabeza el quetzaltilpiloni, ó sea la "preciosa atadura" que usaban los reyes en la cabeza, á guisa de corona. Esta se compone de una gran cabeza fantástica, como un gigantesco casco en que se pueden distinguir, un colmillo, cuatro dientes y cuatro grandes plumas colgantes, con pequeños adornos en las extremidades: formas parecidas pueden verse, en el relieve de nácar de Tula y en otras figuras toltecas. El nacochtli, la orejera, se compone de una gran piedra pendiente á la oreja de un delgado anillo, que debió ser metálico; al cuello se encuentran cinco grandes piedras, que es de suponer serían de gran valor. El nacochtli, orejera para hombre, tenía un carácter particular, era circular en las deidades mexicanas, en la estatua del rey de Coatlinchan y en la urna cineraria de

Nezahualpilli, monarca de Texcoco, se advierte la forma de un prisma rectangular como adorno peculiar de las orejas.

Prosiguiendo la descripción de la gran base del monumento, la figura no está desnuda; el relieve parece indicar un vestido ajustado á la piel, terminando junto á las manos y en la garganta de los pies, por medio de un adorno particular; está descalza como estaban siempre los súbditos delante de los monarcas y los reyes delante de los dioses. Los anales del Museo Nacional, reproduciendo una estampa defectuosa, pusieron un carcax á esta figura en lugar de la pierna cruzada.

El signo del fuego está claramente expresado encima de un tlalpilli ó atadura, que siempre se encuentra en la base del monumento con el numeral cuatro; pero no se ha podido atinar con la figura y significado del cuadro que representa el ciclo ó la edad inscrita debajo de las llamas que figuran el fuego. Son seis estos ciclos ó figuras que se encuentran en el rectángulo ó cuadro que está sobre el tlalpilli en todo el monumento, signos seguramente cronográficos, pero que no se hallan en ninguno de los Códices que han estado á mi disposición. Ese mismo signo del fuego, con los mismos caracteres, se encuentra en una gran piedra cúbica, probablemente cosmogónica, que existe en el Museo Nacional, y tal vez, originaria del Valle de México, ó resto del Templo Mayor.

Para terminar esta parte de las figuras simbólicas de la base agregaré, que todas las figuras sentadas tienen delante de la cara el signo de habla, el tlatolli, que en el Códice de Mendoza se parece á una "coma," colocada delante de la boca de los reyes mexicanos, que también están sentados, en señal de arraigo, ó de dominio: allí los reyes se distinguen por los signos jeroglíficos que llevan junto á la cabeza, en el monumento de Xochicalco este signo del habla, este tlatolli si bien conserva semejanza y hasta identidad en algunos casos, se advierte que en lo general pertenece á diversos personajes; es muy posible que estos signos indiquen la serie de monarcas Tlaluicas de Xochicalco.

Va señalado en el dibujo (Monumentos del Arte mexicano antiguo) el ingenioso corte de las piedras, adoptado á la forma de construcción, más importante todavía en las esquinas, que requieren mayor solidez; ese corte va indicado por medio de líneas rojas en los pormenores de la base.

El lado Occidental que es donde se encuentra la escalera, lleva á sus lados dos serpientes, siempre con la cabeza levantada y correspondiendo á las esquinas del monumento; contienen en la curva que forman sus cuerpos, signos cronográficos, de los cuales algunos se pueden ver enteramente iguales en el calendario mexicano. El lado Norte del costado Occidental de la base, en la escalera, lleva por una parte el signo calli colocado sobre un tlalpilli ó atadura, con el numeral cinco debajo; hay aquí una manera muy representativa para figurar la atadura de un

fecha; parece que una persona colocada detrás del signo calli, casa, reúne con la mano derecha abierta sobre el numeral uno, una fecha con otra, por medio de su izquierda que toma un lazo ó atadura del signo XI ozomatli, que pertenece al ce acatl siguiente. Este jeroglífico ozomatli con el numeral once, es decir, con el mismo ordinal, se encuentra en el primer mes del calendario mexicano, cuando el año comienza por el signo acatl, como aquí acompañado del tlalpilli, con el numeral uno debajo. En el lado Sur de la escalera hay varios signos del mismo género, por desgracia, en parte destruídos; sin embargo, se pueden distinguir todavía algunos como los siguientes, de izquierda á derecha: primero, la mitad inferior de un cuerpo humano, unido á un símbolo incompleto que parece indicar un nombre de lugar; sigue otro cronográfico sobre un tlalpilli con el número cuatro debajo, y encima un signo cronográfico, que como todos los de esta figura son para mí completamente desconocidos. Otro signo sobre dos tlalpilli, con un lazo que indica la atadura, es seguido de otro que lleva debajo el numeral dos, en seguida una figura sentada con un signo en la mano derecha indicante tal vez de tiempo, ó de grandes períodos de años: á esta figura le falta la cabeza que debió tenerla de otro material, de una piedra más fina probablemente, pues parece que estuvo colocada en una hoquedad que hay en la parte superior del cuerpo de la figura; sigue un hueco á esta figura en donde debió estar enclavado algún otro símbolo; luego un círculo con una cruz en medio, que entre los mexicanos designaba el año, lleva encima ese adorno singular que se ve sobre las cabezas de las figuras toltecas, en la estatua encontrada en San Marcos, cerca de Tula, en otra de igual género de Tlahuillipa, y por último en el monumento cronológico conocido con el nombre de Monolito de Tenango. Para concluir lo que resta de esta parte, al Sur de la escalera, hay que agregar, que en ángulo inferior de la base se encuentra el signo mazatl con el numeral cuatro en la parte inferior.

LA ESCALERA.

El lado Norte de la escalera está destrozado, quedan solamente, la primera hilera de piedras que lleva en relieve una especie de petatillo y los dos pies de un asiento que se encuentra completo en el lado opuesto, y una gran piedra en el ángulo que forma con la base del monumento: en este lado estuvo una figura, probablemente semejante á la que se encuentra en el lado opuesto de la misma escalera. Aquí, al Sur, se distingue, un guerrero sentado, llevando en la mano izquierda un escudo rectangular adornado de plumas por dos de sus lados y tres grandes tlacochtli ó varas arrojadas, de la misma forma que usaron los mexicanos y que se pueden ver en su escritura jeroglífica: en la mano derecha lleva el guerrero un signo mutilado que parece verse con claridad en la piedra "Se-